



**Grupo de Estudios Sociales sobre
Paraguay
IEALC-FSOC
Universidad de Buenos Aires, Argentina**



**Instituto de Estudios de América Latina y el
Caribe
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires**

Ponencia presentada en el

X Taller: “Paraguay desde las Ciencias Sociales”

Buenos Aires, 22, 23 y 24 de Junio de 2017

**Nosotros jamás fuimos democráticos. Ensayo de una aproximación a los
dilemas políticos del Paraguay**

Ana Ines Couchonnal Cancio

Conicet-HiTePAC-Universidad de la Plata.

A inicios de abril de este mismo año y como todos saben, el Paraguay volvió a ser escenario de inestabilidad política con el saldo lamentable de un joven asesinado por la policía y varios miles de paraguayos de todas las edades defraudados en sus preferencias políticas, y cientos de miles de paraguayos dejados en la tensa espera de la ilusión de un porvenir, y millones de paraguayos abandonados a su suerte, como cada día.

La lista puede leerse de manera descendente desde este acontecimiento capitalino hasta los disturbios estudiantiles de hacia 1910, con todo tipo de escalas, y si optamos por no mirar hacia un lado, en el cotidiano de la mayor parte de los paraguayos, de manera ascendente, de la negación de los derechos básicos al asesinato cotidiano de campesinos, indígenas y ciudadanos pobres, con violencia o desidia, con la presencia armada del estado o con su ausencia indiferente.

Resulta que más allá del debate sobre la cuestión jurídica institucional, la emergencia crónica o sistemática de estos conflictos desde poco tiempo después del final de la guerra hasta estos días, requiere buscar un vínculo quizás menos inmediato.

En este contexto la situación de este inicio de abril de 2017 pone sobre la mesa una vez más la emergencia de un conflicto casi homeostático, que implica ese espacio ciego del ojo que no puede verse a sí mismo en ningún espejo y que de repente deja de reconocerse en el idilio, trastornándose.

La cuestión de no ver la propia imagen reflejada nos permite introducir un complejo que pareciera afectar al Paraguay: el mecanismo ideológico de Dorian Gray: por un lado el reflejo del idilio histórico nacional y nacionalista disfrazado ahora del discurso del progreso (sojero) que renueva el brío del ser nacional etc etc etc; por el otro, Baudrillard dixit, la transparencia del mal: la cuestión social constantemente postergada desde hace siempre y que no puede dejar de querer ser aquel otro brillante que se le ofrece en el envase de la identidad nacional(ista).

De esto resulta en claro para mí una primera cuestión bastante evidente: En el Paraguay, la identidad nacional es una construcción ideológica que asienta la desigualdad como principio: lo fundamentamos brevemente: el final de la guerra de la triple alianza asienta la desigualdad como marca social, no afirmo que no existiera antes, lo que sucede es que la desigualdad como “residuo o daño colateral” del sistema liberal se inaugura en el Paraguay en 1870. En tal caso anteriormente podemos hablar de una desigualdad que se inscribe en otro modo de producción, y por ende con otra pregnancia política. Tras 30 años de un proceso de transferencia de recursos desde el estado a los privados de turno, en 1900 el Paraguay sella su división social en un pacto nacionalista: creamos que somos paraguayos gloriosos, que lo demás no importa nada, digamos que somos lo que no podemos ser, un objetivo de autoayuda muy contemporáneo, *avant la lettre*, es verdad que el Paraguay fue muchas veces muy vanguardista.

Después de 1935 tras la victoria en la guerra del Chaco el discurso nacionalista paraguayo encuentra sustento empírico, fijándose en el imaginario nacional como “verdad”. Dado lo glorioso por sentado, y culpando a los de afuera del destino actual, siempre a ser revertido, tomó la posta política el discurso de la lucha por la democracia que fue arraigándose en las promesas, siendo el stronismo la coronación del mismo: una dictadura democrática que supo transformarse en una democracia dictatorial, el orden de los factores no altera el valor del producto. Se vuelve a sellar un pacto social, esta vez alrededor de la democracia como objetivo: digamos que somos democráticos que lo demás no importa nada. En el tintero los mismos de siempre: “Democracia democracia palabrita en el mantel, pocos platos se la sirven, muchas bocas a comer”, la estrofa es de Silvio Rodríguez, pero el problema es muy familiar en el país que nos ocupa, porque una sospecha ha cobrado rango de evidencia: la famosa democracia no alcanza para todos.

En este punto intentaremos abordar entonces la cuestión de los fracasos políticos del por llamarlo de algún modo, arco progresista.

No se trata de negar los intentos de salirse, las luchas sociales, pero lo que me para mí sobresale particularmente en el Paraguay, es justamente el fracaso, la crónica dilapidación de un capital político acumulado con, literalmente, sangre, sudor y lágrimas durante demasiado tiempo y la globalidad de las estrategias del poder, independientes de los partidos de turno, para tragarse a las buenas intenciones y a las buenas personas también aunque parezca increíble en muchos casos, y ya todos sabemos a dónde van a parar las buenas intenciones. Este escenario es una figurita repetida en el Paraguay al interior de los partidos y movimientos, y la pregunta que tenemos que hacernos es *por qué*.

La primera respuesta se hace evidente en todos los discursos: es necesario, sea como sea, defender la democracia, aunque esto implique la postergación *ad eternum* de la misma, ese trofeo preciado que ha sabido ser la excusa perfecta para la procrastinación constante de los derechos de los paraguayos desde al menos 1989, aunque osaría decir que desde 1900 en otros términos como el ser nacional, el orden, etc. Pero en una segunda instancia, ¿cuál podría ser una respuesta menos estereotipada y qué elementos pueden sugerirse desde el ejercicio de las llamadas ciencias sociales para poder elaborarla?

A grandes rasgos y para poder pensarlo en conjunto, me pregunto si acaso podemos empezar considerando que el esquema político nacional pivota entre el discurso de la guerra junto a las promesas de heroicidad nacionalista y la democracia como zanahoria del burro, sin lograr salirse de este movimiento claramente ideológico: el discurso heroico da entidad e identidad a un pueblo que en lo concreto no la tiene: ¿acaso sus condiciones materiales de existencia son ínfimas? Pues bien, le ofrecemos condiciones ideológicas. Obviamente mucha gente se queda en el camino.

Para intentar dar con la salida del laberinto, me parece importante ir más allá de un primer punto que se suele dar por sentado por definición: nunca fuimos democráticos y esto introduce

una primera confusión: esta democracia no existe, no es, y el peso del concepto podría pasar por ejemplo a la pobreza: Siempre fuimos *demasiados* pobres, y no *demasiado* pobres. Demasiados pobres para decirnos democráticos.

Entonces volviendo al argumento, por qué nos obstinamos en repetir discursos armados, o más bien, cómo opera la instalación de este discurso hecho a medida para la exclusión? Por qué los trabajadores y trabajadoras paraguayos y paraguayas rurales y urbanos aceptan lo escandaloso y lo reproducen en cada vuelta electoral? Cómo es que la absoluta mayoría de la dirigencia es seducida por los mores del poder, ese flautista de Hammelin que los conduce a ahogar sus promesas en ríos de dinero?

Elijo los términos para incomodarnos, a no dudarlo, y es porque estimo que no tenemos esta respuesta, pero para hallarla es importante dar un primer paso: hay que comenzar por desarticular el discurso amoroso del Paraguay. Desarmar en primer lugar la barricada de ese falso orgullo histórico que acude ya sea a la superioridad racial, histórica o la que sea y a su correlato inverso, el reclamo de una cierta piedad, eterna paciencia solicitada porque en última instancia, no estamos seguros de ser lo que decimos, porque hay una tensión evidente entre la ideología y la condición material de existencia.

Esto quiere decir que el discurso sobre el Paraguay, desde adentro y desde afuera requiere exigirle, arrinconarlo y exprimirlo para poder disfrutar, al menos teóricamente, de las mieles de las contradicciones a flor de piel, de la ausencia de barniz institucional sobre la podredumbre burocrática, de la evidencia de la miseria frente a frente, y de la explotación, y buscarle la vuelta justamente porque el Paraguay ofrece esta constatación haciendo las veces de espejo demasiado transparente de las contradicciones del capitalismo en las pampas latinoamericanas.

Esto implica que es necesario ahondar en los elementos que configuran las contradicciones, aquello que Bruno Latour en su obra sobre la modernidad considera como híbridos que pululan

entre los polos purificados exigidos por el contrato moderno que, dicho sea de paso, es fácilmente transportable a la cuestión de la democracia como esquema prefijado, lo que nos permite decir desde el Paraguay: Nunca fuimos modernos, jamás fuimos democráticos. Quizás sea necesario renunciar a la búsqueda de la modernidad para hallar algún resguardo democrático.

Este movimiento indica un camino para el análisis de lo social en sentido amplio en el Paraguay: el intento de habilitar aquellos “híbridos” intermedios, ya que justamente este rol de intermediación es el lugar privilegiado del análisis, aventurándonos a conjeturar que quizás uno de los elementos en juego es la identidad nacional misma, (que se halla polarizada), más allá del estado nación (al) y de sus límites, más allá de lo cotidiano de la violencia social, y para el caso del Paraguay, un poco más acá quizás de las postergadas palabras bellas.

Por esta vía creo necesario apuntar a la ruralidad no moderna del Paraguay en su pregnancia en la conformación tanto histórica como social en el Paraguay, cuestión que se hace paradigma en el guaraní como vehículo privilegiado de una potencia identitaria a ser descubierta: se trata justamente de propiciar la proliferación de híbridos que pueden inscribirse como potencialidades; salidas propias, gestiones diferenciadas, un modo propio de decir las cosas, la emergencia del particular que es lo mismo que decir la constitución del sujeto como agencia. Es necesario recuperar la lengua guaraní como fondo identitario. Abrirse a sus posibilidades.

En una conferencia Bartomeu Meliá propuso la necesidad de des-civilizar para hacer frente a la autodestrucción en la que nos vemos envueltos, para recuperar la forma humana de nuestras aspiraciones. Parafraseando a Arturo Escobar: hay que antropologizar al Paraguay.